

gura tanto mayor, cuanto que justamente en relación á ellos, en todas partes, y especialmente entre los artistas, se practica un culto idólatra. Los artistas pagan caro la estimación acordada á las pasiones, y lo han hecho siempre; es verdad que exaltan también las satisfacciones terribles de las pasiones que un hombre saca por sí mismo de esas explosiones de venganza seguidas de muerte, de mutilación, de destierro voluntario, y esa resignación del corazón destrozado. Siempre los curiosos deseos de pasiones se hallan despiertos; parecería que dicen: «Sin pasiones no habríais vivido.» Porque haya jurado fidelidad (tal vez á un ser puramente ficticio, como un dios), porque haya entregado su corazón á un príncipe, á un partido, á una mujer, á una orden religiosa, un artista, un pensador, en un estado de ilusión ciega, subyugado por su seducción que hacia aparecer estos seres como dignos de todos los respetos, ¿por eso estaremos ligados á ellos indisolublemente? ¿No nos habíamos engañado entonces á nosotros mismos ciertamente? ¿No era esto una promesa hipotética, bajo la condición que, á decir verdad, no se ha realizado, de que esos seres á quienes nos consagrábamos, serían realmente lo que parecían ser en nuestra imaginación? ¿Estamos obligados á ser fieles á nuestros errores, aun con la idea de que por esta fidelidad causamos daño á nuestro yo superior? No, no hay ley, no hay obligación de este género; *debemos* ser traidores, practicar la infidelidad, abandonar siempre y siempre á nuestro ideal.

No pasamos de un período á otro de la vida sin causar por ello y sin sentir también los dolores de la traición. ¿Sería necesario que para escapar á esos dolores nos pusieramos en guardia contra los transportes de nuestros propios sentimientos? ¿El mundo entonces no

se haría demasiado vacío, demasiado espectral? Preguntémos mejor si esos dolores en el momento de un cambio de convicción son necesarios ó si dependen de una opinión y de una apreciación erróneas. ¿Por qué admiramos á aquel que permanece fiel á su convicción y desprecia á todo aquel que la cambia? Temo que la respuesta sea: porque cada uno supone que sólo motivos de bajo interés ó de temor personal ocasionen tal cambio. Hablando de otro modo, se cree en el fondo que nadie modifica sus opiniones en tanto que le producen ventaja ó por lo menos no le causan daño. Pero si esto es así, hay en ello un testimonio enojoso de la importancia *intelectual* de todas las convicciones. Examinemos un poco cómo las convicciones nacen, y veamos si no se ha hecho de ellas demasiado caso; esto mostrará que el *cambio* de convicciones está también medido en una escala falsa, y que hasta aquí tenemos costumbre de sufrir demasiado este cambio.

630. Una convicción es la creencia de estar, desde un punto cualquiera del conocimiento, en posesión de la verdad absoluta. Esta creencia supone, pues, que hay verdades absolutas; supone al mismo tiempo que uno ha encontrado los métodos perfectos para llegar á ellas; supone, en fin, que todo hombre que tiene convicciones aplique esos métodos perfectos. Estas tres condiciones muestran desde luego que el hombre de convicciones no es el hombre de pensamiento científico; está ante nosotros en la edad de la inocencia teórica, es un niño, cualquiera que sea su talla. Pero siglos enteros han vivido en estas ideas pueriles, y de ellos han brotado las más poderosas fuentes de fuerza de la humanidad. Los innumerables hombres que se sacrificaban por sus convicciones, creían hacerlo por

la verdad absoluta. Todos estaban engañados en esto; verosímilmente, jamás un hombre se ha sacrificado por la verdad; por lo menos, la expresión dogmática de su creencia ha debido ser anticientífica ó semicientífica.

Pero querían propiamente que se les diera la razón, porque pensaban *deber* tenerla. Dejarse arrancar la creencia, quería decir poner quizá en cuestión la dicha eterna. En un caso de tan extrema importancia, la voluntad era demasiado claramente la inspiradora de la inteligencia. La hipótesis preliminar de todo creyente de esta tendencia era no *poder* ser refutado; las razones contrarias se mostraban muy fuertes, pues quedaba entonces siempre el recurso de calumniar á la razón en general y aun de enarbolar el *credo quia absurdum est*, bandera del extremo fanatismo. No ha sido la lucha de las opiniones la que ha hecho la historia tan violenta, sino más bien la lucha de la fe en las opiniones, es decir, de las convicciones.

Si, pues, todos los que se formaban de su convicción una idea tan grande que le ofrecían sacrificios de toda naturaleza, y no escatimaban en su servicio ni el propio honor ni la propia vida, hubieran consagrado solamente la mitad de su fuerza á indagar el derecho por qué se vinculaban á una convicción mejor que á otra y por qué camino habían llegado á ella, ¡qué aspecto tan pacífico habría tomado entonces la historia de la humanidad! ¡Cuánto mayor hubiera sido el número de conocimientos! Todas esas excusas crueles que ofrece la persecución de las herejías de todo género, nos hubiesen sido ahorradas por dos razones: primera, porque los inquisidores hubieran dirigido antes la Inquisición sobre ellos mismos, y habrían

concluido con la pretensión de defender la verdad absoluta; y después, porque los partidarios de principios tan mal fundados como son los principios de todos los sectarios y de los *creyentes en el derecho*, habrían cesado de seguirlos después de haberlos estudiado.

631. Desde los tiempos en que los hombres se acostumbraron á creer en la posesión de verdades absolutas, se ha derivado un profundo malestar en todas las actitudes escépticas y relativas, tomadas en relación á cualquier problema del conocimiento; se prefiere mucho más á menudo consagrarse, con los pies y manos atados, á una convicción que sea la de las personas que tienen autoridad (padres, amigos, maestros, príncipes), y se siente, al no hacerlo, una especie de remordimiento. Esta tendencia es muy comprensible y sus consecuencias no autorizan vivos reproches contra el desenvolvimiento de la razón humana. Pero poco á poco el espíritu científico debe madurar en el hombre esa virtud de *la abstención prudente*, esa sabia moderación, que es más conocida en el dominio de la vida práctica, que en el de la teórica, y que por ejemplo, Goethe ha representado en Antonio, como un objeto de amargura para todos los Tasso, ó mejor, para las naturalezas anticientíficas y al mismo tiempo desprovistas de actividad. El hombre de convicciones tiene el derecho de no comprender al hombre del pensamiento prudente, al teórico Antonio; el hombre de ciencia, por el contrario, no tiene el derecho de censurar al otro; observa desde lo alto, y sabe además, en ciertas ocasiones, que el otro vendrá todavía á él como Tasso concluye por hacer con Antonio.

632. El que no ha atravesado convicciones diversas, sino que ha permanecido y permanece empeñado

en la creencia que de pronto le ató, es en todos los casos, por causa de su inmutabilidad misma, un representante de culturas atrasadas; es por tal falta de educación (que supone siempre educabilidad), duro, poco inteligente, rebelde á toda enseñanza, sin dulzura, sospechando eternamente, sin escrúpulos, empleando todos los medios de hacer prevalecer su opinión, porque no puede ni aun comprender que deben existir las opiniones de los demás; pero es también quizá por esto una fuente de energía y hasta saludable en las civilizaciones que han llegado á hacerse demasiadolibres y demasiado blandas, pero solamente por cuanto excita con fuerza la contradicción: en esta ocasión la delicada naturaleza de la civilización nueva, obligada á luchar con él, se robustece en la lucha.

633. Somos en el fondo hoy los mismos hombres que éramos en la época de la Reforma. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Pero el hecho es que hay algunos medios de que *no* nos valemos *ya* para asegurar el triunfo á nuestra opinión, y por lo mismo, hay algo que nos distingue de aquella época y prueba que pertenecemos á una civilización más elevada. Aquel que en nuestros días, á la manera de los hombres de la Reforma, combate y derriba las opiniones por medio de sospechas, por explosiones de rabia, descubre claramente que habría quemado á sus adversarios si hubiese vivido en otro tiempo, y que habría echado mano de todos los medios de la Inquisición, si hubiesen vivido como adversarios de la Reforma. Esta Inquisición era entonces razonable, pues no representaba sino el gran estado de sitio que debía ser declarado en todo el reino de la Iglesia, el cual, como todo estado de sitio, autorizaba aun las medidas más extremas, con la convicción previa (de que hoy no participa-

mos) de que la verdad no era *poseída* sino por la Iglesia, y que era *necesario* á toda costa, por medio de todos los sacrificios, conservarla para salud de la humanidad.

Pero en nuestros días no se concede tan fácilmente á nadie que posea la verdad: los métodos exactos de indagación han esparcido bastante desconfianza y prudencia para que todo hombre que defienda violentamente sus opiniones con la palabra y con los hechos, sea considerado como un enemigo de nuestra civilización actual ó por lo menos como un retrógrado. En efecto; la declaración enfática de que se posee la verdad, vale hoy mucho menos, casi nada, al lado de la otra declaración, más modesta, es verdad, y menos sonora, de la investigación de la verdad, que no se cansa jamás de aprender de nuevo y de hacer nuevas experiencias.

634. Por lo demás, la investigación metódica de la verdad es en sí el resultado de esos tiempos en que las convicciones sostenían la campaña, las unas contra las otras. Si cada uno no se hubiera interesado en su «verdad», es decir, en el mantenimiento de su derecho, no existiría método alguno de investigación; pero así en la lucha eterna de las pretensiones de diversos individuos por la verdad absoluta se avanzaba paso á paso en el descubrimiento de principios irrefutables, conforme á los cuales se pudiese examinar el derecho de los pretendientes y apaciguar el conflicto. De pronto uno se decidía, siguiendo á las autoridades; en seguida se hacía mutuamente la crítica de los caminos y medios por los cuales la sedicente verdad había sido encontrada; en el interregno existía un período en el que se sacaban las consecuencias del principio adverso y se podía encontrarlas perniciosas y malélicas: de

donde resultaba entonces, á juicio de cada uno, que la convicción del adversario contenía un error. *La lucha personal de los pensadores* ha aguzado, finalmente, de tal manera los métodos, que se puede realmente descubrir las verdades, y los falsos procedimientos de los métodos precedentes han sido puestos al desnudo á los ojos de todos.

635. En el conjunto, los métodos científicos son una conquista de la investigación tan considerable, por lo menos, como cualquier otro resultado: en efecto, el espíritu científico descansa en la armonía del método, y todos los resultados de las ciencias no podrían, si esos métodos llegaran á perderse, impedir un nuevo triunfo de la superstición y del absurdo. Las personas de espíritu tienen bastante que *aprender*, si quieren poseer los resultados de la ciencia; se apercibe uno siempre en su conversación y particularmente en las hipótesis que durante ella proponen, que les falta espíritu científico: no tienen esa desconfianza instintiva contra los extravíos del pensamiento, que por causa de un largo ejercicio ha echado raíces en el alma de todo hombre de ciencia. Basta que encuentren sobre un sujeto una hipótesis cualquiera para, que en el mismo instante sean todo ardor, todo fuego para sostenerla, y creen que así está dicho todo. Tener una opinión significa, por tal causa, para ellas, volverse bien pronto fanáticos, y finalmente, tomarla tan á pechos como una convicción. Se acaloran, á propósito de una cosa inexplicada, por la primera fantasía que les pasa por la cabeza y que se asemeja á una explicación: de donde resultan continuamente, en particular en el dominio de la política, las más enojosas consecuencias. Por esto digo cada uno debería en nuestros días haber aprendido *una* ciencia á fondo; enton-

ces sabrá siempre lo que es *un* método y cuánto es necesaria la más extrema prudencia. Particularmente á las mujeres debe darse este consejo; ellas son hoy víctimas incurables de todas las hipótesis, sobre todo si éstas producen la impresión de lo ingenioso, de lo seductor, de lo vivificante, de lo fortificante. Cuanto más se observa, más se apercibe uno de que la gran mayoría de personas cultas pide todavía al pensador convicciones, nada más que *convicciones*, y que una pequeña minoría solamente quiere una *certidumbre*. Aquéllas desean ser fuertemente entusiasmadas y arrastradas, para adquirir por ello un aumento de fuerza; éstas, el menor número, tienen por las cosas mismas ese interés, que hace abstracción de las ventajas personales, y por supuesto, también del referido aumento de fuerza. En la primera clase, que es la predominante, hállase el pensador que se da y se toma por *un genio*, considerándose, por lo tanto, interiormente, como un ser superior, que tiene derecho á la autoridad. Siempre que el genio de toda especie mantenga el fuego de las convicciones y despierte desconfianzas contra la idea prudente y modesta de la ciencia, es un enemigo de la verdad, aun cuando se crea en el más elevado punto entre sus secuaces.

636. Existe, es verdad, una especie de genio enteramente diverso, el genio de la justicia; yo no puedo absolutamente resolverme á estimarlo inferior á cualquier otro genio, ni al filosófico, ni al político, ni al artístico. Consiste en separarse de todo lo que ciega y extravía el juicio sobre las cosas, con cordial repugnancia; es, por consiguiente, *un enemigo de las convicciones*, pues quiere dar á cada objeto, vivo ó muerto, real ó imaginario, lo que le corresponde, y para esto necesita tener un conocimiento perfecto del objeto; pone, pues, cada

objeto á la luz del mediodía y hace su examen con mirada muy atenta. Finalmente, da aun á su enemigo, la miope «convicción» (como la llaman los hombres, que entre las mujeres se llama *fe*), lo que conviene á la convicción, por amor á la verdad.

637. De las pasiones nacen las opiniones: la *pereza de espíritu* las hace cristalizar en *convicciones*. Quien se cree un espíritu libre, infatigable, en la vida, puede impedir esta cristalización por un cambio constante; y si siempre fuera una bola de nieve pensante, tendrá formado en su cerebro un caudal, no de opiniones, sino de concepciones ciertas y verosimilitudes medidas con precisión. Pero nosotros, que somos seres mixtos, tan pronto inflamados por el fuego, como refrescados por el espíritu, doblamos la rodilla ante la justicia, como ante la única diosa que reconocemos superior á nosotros mismos. *El fuego* que está en nosotros, nos hace por lo común injustos, y, á los ojos de esta diosa, impuros; nunca nos ha permitido, durante este estado, llegar hasta ella; jamás nos dirigió entonces la más leve sonrisa de complacencia. La veneramos como al Isis velado de nuestra vida; llenos de vergüenza le rendimos el tributo y el sacrificio de nuestro dolor, cuando el fuego nos abraza y amenaza devorarnos. El espíritu es quien nos salva de ser enteramente consumidos y reducidos á cenizas; nos separa de tiempo en tiempo del altar de los sacrificios á la justicia, ó bien nos oculta bajo un incombustible tejido de amianto. Liberados del fuego marchamos entonces, empujados por el espíritu, de opinión en opinión, á través del cambio de las partes, *traicionando* noblemente todo aquello que puede ser traicionado, y, sin embargo, sin el menor sentimiento de culpabilidad.

638. *El viajero*.—El que quiere solamente, dentro de cierta medida, llegar á la libertad de la razón, no tiene derecho durante mucho tiempo para creerse sino un viajero, y no como el que hace el viaje *hacia* un fin último, porque no lo tiene. Pero se propondrá observar bien, tener los ojos muy abiertos para todo lo que pasa realmente en el mundo; por esto no puede vincular su corazón con demasiada estrechez á nada particular; es necesario que exista en él algo del viajero que encuentra su satisfacción en el cambio y en la mudanza. Sin duda que tal hombre tendrá que pasar malas noches, en que sintiéndose cansado, hallará cerrada la puerta de la ciudad que debía ofrecerle el descanso; quizá otras veces, como en Oriente, el desierto se extenderá delante de él hasta esa puerta que las bestias feroces husmearán unas veces cerca, otras lejos, ó sobrevendrá un aquilón, ó, por fin, los bandidos le robarán sus animales de carga y silla. Entonces quizá la más espantosa noche caerá sobre él como un segundo desierto dentro del desierto, y su corazón estará ya cansado de viajar. Que se eleve entonces el alba para él, candente, abrasadora, como la divinidad de la cólera; que la ciudad se abra, y tal vez halle en el rostro de sus habitantes mayor desierto todavía, mayor ansiedad, mayor engaño, mayor inseguridad que antes de penetrar en la población; y así, el día será para él peor que la noche. Tal sucede muy frecuentemente al viajero; pero, en compensación, se le presentan las mañanas deliciosas, otras regiones y otros días, en los cuales ve desde la alborada, contempla las brumas de los montes, los corazones de las musas que avanzan danzando á su encuentro; en los cuales, un poco más avanzada la hora, cuando plácido, en el equilibrio del alma, se pasee por la maña-

na bajo los árboles, verá caer á sus pies de sus copas y de sus ramas multitud de presentes buenos y saludables, obsequio de los espíritus libres que tienen su morada en la montaña, la selva y la soledad, y que así como él son viajeros y filósofos á su manera, tan pronto alegre y ligera, tan pronto reflexiva. Nacidos entre los misterios de la mañana, piensan en lo que puede recibir del día, entre el décimo y duodécimo sonido de la campana que da las horas, un rostro purísimo, radiante de luz, gozoso por su aureola de claridad: buscan la filosofía *del anti-meridiano*.

ENTRE AMIGOS

Post lusum.

Es muy bello callar en compañía,
pero reír más bello todavía
cuando un cielo de seda nos abriga,
y recostados sobre el musgo suave,
con franqueza reír, sin nada grave
que amengüe ó turbe la expansión amiga.

Si yo procedo bien, nos callaremos,
y si procedo mal, nos reiremos,
pero siguiendo firmes en la empresa.
Que cuanto sea de mayor el daño,
risa mayor se ofrece á nuestro amaño
hasta que descendamos á la huesa.

¿Que debe ser así nuestra conquista?
¡Pues, amigos, amén, y hasta otra vista!

¡Nada de excusas! ¡Nada de rechazos!
Extendad á este libro vuestros brazos,
vosotros los de libre corazón;
y creed que jamás mis sinrazones,

por mucho que me atraigan maldiciones,
sirvieron para mí de maldición.

De lo que encuentro y busco con empeño
¿algún libro jamás ha sido dueño?
¡Ven en mí de los locos la pasión!
Honradme, que anhelé vuest a ventura;
y sacad de este libro de locura,
cuál la razón se vuelve... á la razón.

¿Que debe ser así vuestra conquista?
Pues, entonces, amén, y hasta la vista...

FIN